



## Ulises: paradigma de la aventura humana

Gilberto Quintero Lugo

El personaje central de la “Odisea” homérica, Ulises u Odiseo, puede ser considerado como el paradigma de la gran aventura humana, que no otra cosa es la vida misma del hombre como individualidad y como humanidad. Porque el viaje como acto arriesgado, las metamorfosis que sufre el protagonista a lo largo del mismo y su condición de salvaguarda de la memoria oral (que por igual incluye al pasado, al presente y al futuro), que son los caracteres básicos de la zaga uliseica, simbolizan épicamente el tránsito vital que va del “destierro” o salida del “paraíso perdido”, de los orígenes más remotos, al retorno o búsqueda continuada de esa suerte de “tierra prometida” que pareciera ser el destino del hombre: concebido, entonces, como la vuelta a una Edad de Oro apreciada, tenida y sentida desde siempre como un estadio de bienestar primigenio y sublime y de felicidad beatífica. Por consiguiente, anhelante y deseable, tal como se trasunta en el contenido de los viejos mitos de la Antigüedad clásica. De hecho, el viaje uliseico, la ida y la vuelta al punto de partida, puede ser concebido como un tránsito lleno simultáneamente de angustia, dramatismo, riesgos y obstáculos; de búsqueda y de esperanza. ¿De búsqueda de qué? De un estado vital feliz originario. De esperanza ¿por qué? Porque en el fondo se trata del retorno obsesivo a los orígenes, tenidos estos como un estado de complaciente tranquilidad y justicia. En consecuencia, el enfrentar y superar los riesgos y dificultades que tal búsqueda / retorno supone es visto y sentido como un acto de salvación, semejante al sacrificio del Nazareno.

Por lo anterior, no es de extrañar que el hijo de Laertes y Anticlea fuese siempre recuperado para la memoria de los hombres, especialmente para la humanidad habitante del Occidente racional y judeocristiano, a través de las narraciones de los seres humanos. Por consiguiente, condenado a revitalizarse de tiempo en tiempo, sin poder refugiarse en algún lugar recóndito o inaccesible de la memoria humana. Más aún cuando se han sucedido acontecimientos que recuerdan su admirable viaje. Pensemos, apreciando a nuestra América desde una perspectiva odiseica, en las navegaciones colombinas y en esa espectacular, pero también cruel, aventura que significó la conquista y colonización europea del llamado Nuevo Mundo. Porque, en el fondo, al igual que en el viaje uliseico, la aventura europea no fue otra cosa que la búsqueda de la felicidad, de una vida mejor y confortable; o bien la esperanza de alcanzar la salvación en el sentido de un retorno al paraíso perdido, a la primitiva edad de oro que la concepción histórica del eterno retorno de lo idéntico postula como la primera etapa de la existencia, en el ámbito de la larga duración, de los mortales en el mundo terrenal. Por ello, así como Ulises partió hacia Troya a buscar su “edad de oro”, que no otra cosa representaba el apoderarse del tesoro de Príamo y de la ruta comercial controlada por la ciudad frigia, la avalancha de navegantes, exploradores y colonizadores que a partir del siglo XVI arribaron a América no buscaba otra cosa que explotar y aprovechar los recursos que el continente ofrecía para construirse una vida y un futuro mejor y más dichoso que el que presumían podían lograr en la vieja Europa. Con razón, la leyenda de El Dorado caló tan profundamente en el ánimo de los primeros colonizadores. Y del mismo modo que Odiseo ve en el retorno a Itaca la vuelta a sus orígenes, a su “paraíso perdido” o extraviado, para un europeo renacentista América se presenta como el Edén perdido, como la tierra prometida donde alcanzar la felicidad y una vida más plena y desahogada. Por esto, en definitiva, América, más que “descubierta” fue “inventada”. De ahí que no sea casual que en sus relaciones a los Reyes Católicos, el Almirante genovés hable de haber llegado a una “tierra de gracia”,

al “paraíso terrenal”, producto de su admiración al contemplar el paisaje americano y prever las posibilidades de vivir dignamente en las tierras recién encontradas.

En definitiva, el paradigma uliseico simboliza a la aventura humana como un continuo, que es susceptible de ser guardado en la memoria. Por consiguiente, historiable y de aceptación tal cual como es.

